

LA OFRENDA DEL CEREZO

CELICA

A Alejandro Querejeta

Entre los pencos, las orejas del burro.
En el vacío de la zanja, la mirada del chico,
aún más pequeño en esta densidad.
Pasa por ahí un fotógrafo del Times
y estampa la mugre. La carroña.

Masticamos terrones, sólo terrones.
Una lagartija trepa al algarrobo entre espasmos
y el viejo espanta las moscas con su alpargata.
Por todo pensamiento: no llueve más.

Aquél que llegó un día con el evangelio
hoy se apoya contra la costra caliza de un muro
y recoge del ojo un grano de sal.
Se despioja con cautela y sacude el harapo.

El burro mueve las orejas y el polvo
borra su imagen en la cámara oscura.
El muchacho cierra los párpados,
esas lápidas grises.

LA TRAPICISTA

En vaivén
un blanco signo de interrogación
que nace de la nube.

Asciende ligera la muchacha
hacia un cuadrado azul.

Horizontal corta la espada
la visión mientras el ángel cae.
El cuerpo se detiene
inclinado en el aire.

Un doble salto mortal sobre los gritos.
¿Hacia dónde está volando
esa ligera sombra?
La mano...
El muslo...

Arriba se balancea aquella espada,
ya nada la sostiene.
Abajo un mar atónito.
Y ahí,
entre el humo, sus doradas
alitas de pollo.

PUENTES DEL GUADALQUIVIR

A Mercedes

A orillas del Guadalquivir,
con el fuerte olor de las naranjas en sazón
y la luz que levanta colibríes de las aguas,
ebrios. Tu cuerpo, un ciervo
que salta sobre la barda y se detiene
en el arco del puente. Más arriba
vibran las cuerdas del arpa gigantesca
y yo ensordezco. Aspiro en tu nuca
el aire perfumado, bebes
en mi pecho las gotas de miel
que dejan el sol y las abejas.
Entonces al llegar
al otro puente tú giras
a la izquierda y yo
me pierdo de tu luz y de tu sombra,
de tu aire y de tus aguas.

RECONSTRUCCIÓN

I

Junio:
el padre extiende el pliego de papel
donde el plano de la casa comienza

su metamorfosis.
Allí donde estuvo la escalera
habrá una terraza.
Miraremos hacia abajo,
hacia el parque de El Ejido,
por sobre los tejados.

II

Julio:
vamos a las canteras sobre el Penal
y la casa se llena de molones,
cal, arena, cemento, ripio.
Un día le tocó caer al capulí
y otro se tapó el estanque de los patos.

III

Agosto:
clavos, martillos, duelas, enlucidos.
Ayudamos al padre a combinar
agua, leche y calciminas de color.
Se revisan los techos y los pisos.

IV

Septiembre:
cambio de tejas.
Luego,
un patio se transforma
en comedor.
Todavía queda tiempo
para cambiar los muebles.

V

Octubre:
con las lluvias
comienza la calma.
Reinará la madre
hasta el próximo verano.

Tal vez quiera instalar las nuevas duchas,
tal vez reconstruya el jardín,
tal vez levante una columna
o, si la calle desciende de altura
y deja de ser un barranco,
habrá otro portón.

LA OFRENDA DEL CEREZO

Para Arga y Juan González Soto

I

Simulacro de la escarcha
en el día soleado,
mapa de un cielo de estrellas
albas y enanas, o un firmamento
que apenas se sostiene
de las cuerdas mecidas
por un rumor de niños que se alejan.
Las flores del cerezo
copan el cuadro de la ventana.

II

Esta ventana se abre al jardín.
Detrás de sus cristales,
la luz y el cerezo.

En este instante
la ventana existe
para que la luz

ilumine el despliegue
de las flores blancas,
su suave balanceo.

III

El mundo podría seguir rotando sobre su eje
aun si no estuviese este cerezo en marzo

sobre la acera de una calle en Washington.
Tal vez ninguna necesidad tenga la Tierra
de su color, de su perfume o de su peso.
Ninguna necesidad de él tienen los imperios.
Seguirían su curso los negocios.
El asesino no detendría el disparo
ni la víctima se volvería a mirarlo
antes de caer. Que aquí florezca
se debe a la intriga diplomática:
un obsequio del imperio japonés
a Norteamérica.

IV

Ninguna necesidad tiene el cerezo
que venga de tan lejos y me detenga
a contemplarlo en su milagro.
Nada es necesario para el árbol
salvo la luz, la noche, el agua,
los fermentos, la brisa del Potomac
y el vuelo de las moscas.
La rotación incesante de la Tierra.

V

Para ser, el árbol no necesita que
me detenga a contemplarlo.
No mora el cerezo real en mi palabra.
Mi palabra es tarda, sólo evoca
un cerezo que florecía en Washington
y aquél otro en el jardín de Arga
junto al Mediterráneo. Existen
una avenida que va al Potomac
y una ventana que da al jardín
para guardarlos, y en mi memoria
avenidas de diáfanos cristales
por donde llego al árbol que contemplo.

VI

El poema es movimiento interno.
Memoria, imagen. Luego, vacío.

Imaginación y palabra inventan otro cerezo,
la sombra del cerezo contemplado
en otro lugar una mañana.
¿La sombra?... ¡La luz! La luz
espléndida en la flor del cerezo.

VII

Contemplo el cerezo en su milagro.
Florece. Y aunque me embriaga su aroma,
no estaré aquí para probar sus frutos.
Mi vida depende del cerezo apenas
mientras dure este instante. Un blanco manto
que cae y se mece, un fresco olor,
mi júbilo. Me iré en unos minutos.
Mi vida no depende del cerezo.
Y sin embargo irá el fantasma
del árbol conmigo para siempre.

VIII

Siembro un cerezo en Chigchirián.
Tal vez un día alguno de estos petirrojos
parezca un sol del tamaño de un puño,
la mancha de un corazón sobre el manto
blanco del cerezo. Tal vez estaré
sentado en una silla del jardín
esperando el milagro. Otro cerezo
distinto de aquellos que contemplé
plantados en una avenida que va al Potomac
y en un jardín que da al Mediterráneo.
Otro cerezo: hoy mi mano abre
su nido en el suelo. Y espero la lluvia
con unción.

X

¡Una ventana para este cerezo
y una avenida para llegarse a él!
Tampoco se detendría la vida
si no plantase hoy este cerezo,
si un día no llegase a florecer.
Mi política en este pequeño reino

—el huerto en Chigchirián—
apenas consiste en abrir un hoyo
para sembrar el árbol.
Mi diplomacia: la paciente espera.
Que la Tierra gire y con ella el Sol
en torno a su tallo. Que las ramas
sean sacudidas por la lluvia y el viento.
Que florezca y revoloteen las moscas
polinizándolo. Por lo demás,
la historia y las catástrofes
seguirán su curso sin el poeta,
sin el jardín, sin el cerezo.